

# **Aprendiendo a través de la prueba**

Diferentes autores

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Aprendiendo y siendo bendecido a través de la prueba . . . . .</b>	<b>3</b>
<b>2 - Los frutos de la prueba . . . . .</b>	<b>4</b>

## 1 - Aprendiendo y siendo bendecido a través de la prueba

«Me fue dado un aguijón en la carne... Por esto, tres veces rogué al Señor para que me la quitara, y me ha dicho: Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12:7-9).

El deseo de que el Señor nos responda eliminando lo que causa sufrimiento o dolor viene naturalmente a la mente. Conocemos sus grandes compasiones: se preocupa por los suyos y siente cosas por ellos y con ellos. Por lo tanto, nos inclinamos a pensar que debe responder rápidamente, al más mínimo golpe, a la primera humillación o dolor que se nos presente. Esto nos parece especialmente cierto en lo que parece cuestionar o frustrar su gloria.

Este es el caso de Pablo. El enemigo se aprovechó de este «*aguijón*» en la carne del apóstol para menospreciarlo a él y a su obra. Habríamos esperado una respuesta inmediata del Señor, quitando esta «*espina*». Esto es lo que el apóstol deseaba; se dirigió al Señor; le rogó tres veces que se la quitara. Pero se equivocó en cuanto a la voluntad del Señor. Su súplica había sido bien escuchada, pero el apóstol tenía que aprender esta gran lección: el Señor sabe dar a los suyos mucho más de lo que piden.

Incluso el apóstol Pablo –un hombre que sabía de una manera tan notable lo que era correcto para Dios y lo que debía ser deseado por todos sus hijos– tuvo que aprender que él no estaba en el lugar de Dios y que los caminos del Señor estaban por encima de sus caminos (Is. 55:9).

Creo que este deseo de que el Señor responda inmediatamente a nuestras peticiones está más en línea con la forma en que Dios actuó con Israel en el pasado. Porque cuando estaban en cualquier dificultad o prueba, este pueblo clamaba a Jehová, y él los escuchaba y los liberaba de sus problemas. Pero hoy no es así. No siempre actúa nuestro Padre quitándonos la prueba. No es hoy su forma característica de actuar con los cristianos.

«*En todas estas cosas somos más que vencedores, por medio de aquel que nos amó*» (Rom. 8:37).

Hay algo más bendito que dejar de lado la prueba: es el poder de la gracia divina que interviene en la prueba y nos eleva por encima de ella. La pena puede durar, el dolor puede permanecer, la «*espina*» puede no ser quitada, pero somos elevados

por encima de todo esto.

El apóstol Pablo tenía una lección más profunda que aprender que cualquier otra que hubiera conocido antes. No es quitándole la prueba, sino levantándolo en espíritu completamente por encima de ella que Dios le dio esta visión del Señor Jesús resucitado y glorificado, y este conocimiento de su amor. Así aprendió que había algo aún mejor: «*Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*» (2 Cor. 12:9).

¡Descansemos con fe en esta palabra! Creémosla verdaderamente para nosotros mismos; pongámosla en práctica en las circunstancias actuales de la Iglesia de Dios. Con una seguridad sin resquicio, cuales sean las apariencias, tan evidente como sea la imposibilidad para nosotros de restablecer las cosas donde no están bien, tengamos una confianza inquebrantable en el Señor Jesucristo. Así como podemos confiar en la salvación que Jesús da al saber que es perfecto, seamos apacibles en la certeza de que él es «*Hijo, sobre su casa*» (Hebr. 3:6), y que su amor por los suyos es tan perfecto hoy como cuando murió en la cruz por ellos.

Pero, así como algunos pueden no disfrutar de su salvación, también me desanimaré y me deprimiré si mi fe es débil con respecto al cuidado del Señor para su Iglesia. Es bastante claro que confiar de esta manera en el Señor Jesús como Cabeza de su Iglesia no debe hacer que los miembros de su Cuerpo (que es la Iglesia) sean menos sensibles y vigilantes. Por el contrario, sentiremos el dolor intensamente al entender que el Señor Jesús se identifica con los suyos en las circunstancias que están pasando; pero no nos decepcionaremos. El Señor Jesús mismo viene; pero hasta que venga, no deja de ser el Jefe de su Iglesia, ni deja de alimentarla y cuidarla (Efe. 5:29).

H. H. Snell

## 2 - Los frutos de la prueba

«*Clama a mí en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me glorificarás*» (Sal. 50:15).

«*El clamará a mí, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; le libraré, y le glorificaré*» (Sal. 91:15).

Ninguno de nosotros quiere el «*día de la angustia*». Preferimos llevar «*tranquila y sosegada vida*», y esto es «*bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador*» (1

**Tim. 2:2-3).** Pero a veces nuestro Dios y Padre, en su amor y sabiduría, nos permite pasar por el «*día de la angustia*». Cuando lo hace, podemos estar seguros de que es para nuestro propio bien.

En los versículos anteriores, se nos da a ver por adelantado algunas de las bendiciones que podemos recibir de este día de angustia. En tal día, estamos especialmente invitados a invocar al Señor. También tenemos la seguridad de la respuesta de Dios: «*Te libraré*». Dios dice lo mismo en el **Salmo 91**: «*Clamará a mí*», y añade: «*Yo le responderé*». Así, la primera bendición es el disfrute de la comunión con Dios. Lo invocamos y él responde. Además, se siente la presencia divina: *Con él estaré yo en la angustia*. Si la angustia es tan intensa como el horno ardiente, él caminará con nosotros para que no nos ocurra ningún daño.

La promesa de Dios no es solo: «*Le libraré*». Va más allá: «*Le glorificaré*». Así, ¡un día que comienza con angustia puede terminar con gloria!

Pero aún más maravillosa que eso es la declaración: «*Y tú me glorificarás*». Pensemos en todas las bendiciones con las que nos enriquecemos cuando Dios nos permite pasar por un «*día de angustia*»: comunión, liberación y gloria. Pero lo mejor de todo es que glorificamos a Dios.

A. M. Behnam

*«Invócame desde el seno de la angustia;  
Mi poderoso brazo te salvará».  
Es Dios quien habla, ¡oh! cree en su promesa,  
Pronto tu voz lo exaltará.  
Nunca, nunca el Dios que hizo la promesa  
No faltará en cumplirla.  
Que su hijo, salvado de la angustia,  
¡No deje de bendecirlo!*

(C. Rochedieu)

Traducción libre de un cántico desconocido